

Carlos Medinaceli

P A G I N A S
D E
V I D A

PROLOGO DE ARMANDO ALBA

Editorial "POTOSI"

1955

EL CENTENARIO DE DANIEL CAMPOS

EN ENERO DEL AÑO PROXIMO se cumple el centenario del ilustre patricio y notable escritor y poeta don Daniel Campos.

Muchas veces hemos hablado de la necesidad de valoración de nuestros "patricios", como de la irrehuible fuerza de tradición. Importa, para ello, conocerlos, reeditar sus obras, estudiar su vida, analizar su pensamiento. Esta labor no se ha hecho en Bolivia. Es urgente emprenderla. Es necesario revisar valores, para separar la ganga del metal puro y tener un criterio claro. ¿Quiénes, dentro de los hombres del pasado, son los que tienen méritos efectivos? ¿Cuáles de ellos, por lo atinado de sus ideas, por la claridad de sus juicios, por la belleza de su estilo y por otras razones, deben ser instituídos en depositarios del pensamiento nacional de ayer y que aun pueden simplificar nuestro trabajo de hoy, pues lo que ahora pensamos sobre lo nacional, tal vez ellos ya previeron con mayor acierto? Esta inquisición es preciso realizarla en beneficio de la cultura nacional. Carecemos, hasta hoy, de una historia de nuestra literatura y, por ende, de una clara conciencia de la nacionalidad. En las demás naciones indoamericanas esa tarea ya se ha efectuado en excelentes condiciones, como la historia de la literatura argentina de Ricardo Rojas o la uruguaya de Zum Felde. Aquellas gentes saben ya a qué atenerse, quiénes fueron y son sus hombres representativos y cuál el pensamiento que de ellos inspira la acción de las

nuevas generaciones, como pasa con las ideas de Sarmiento y Alberdi en Argentina. A algunos los han encumbrado y difundido tanto que ya son valores universales.

Honrando a sus grandes hombres, aquellas naciones se honran a sí mismas. Porque, como todo está predeterminado en la convivencia social, el razonamiento por hacerse es claro: si tal pueblo ha producido tal hombre, es lógico que es un gran pueblo; un pueblo inculto no puede producir un hombre de talento superior. Si la Argentina se enorgullece con personalidades como Sarmiento, Alberdi, Hernández y otros, otras naciones, si bien no en gran pie de progreso material, en lo intelectual se glorían con nombres ilustres, Colombia con Cuervo y don Manuel Antonio Caro y otros: Venezuela con Bello, Cecilio Acosta y José Vicente González, el Ecuador con Montalvo, el Perú con González Prada, Chile con Bilbao y Lastarria. Todas estas patrias han sabido dignificar a sus grandes hombres. Por eso, ellas también son naciones dignas.

Entre nosotros, ¿ha ocurrido lo mismo?... Si no fuera porque don Gabriel René-Moreno vivió la mayor parte de su vida en el extranjero, (Chile, Perú y Argentina), rolandose con los hombres ilustres de aquellos países, y mandado de regalo sus obras a las bibliotecas más notables del mundo, Bolivia se encontraría huérfana de un valor que la represente dignamente. Pero esta labor no ha sido nuestra, sino exclusiva de este hombre excepcional a quien, en Bolivia le amargamos la existencia no sólo con nuestra más grosera injusticia, sino con nuestra cavilosa *altoperuanidad*.

Y lo que ha pasado con Moreno, ha ocurrido también con otros como Nicomedes Antelo, insigne naturalista que colaboró a D'Orbigny en sus exploraciones biológicas y que faltó de ambiente en su patria, emigró a la Argentina; como Santiago Vaca Guzmán, polígrafo insigne, desterrado por Melgarejo primero y, desde entonces, voluntariamente exilado en la Argentina, y Emeterio Villamil de Rada, original filólogo, curioso tipo de hombre del Renacimiento,

que hostigado por la miseria, concluyó por arrojarse al mar en la bahía de Río de Janeiro. Si unos murieron así, trágicamente, otros voluntariamente exilados; los que no salieron fueron víctimas de la política salvaje de nuestra patria.

¿Quién revisa, actualmente, el pensamiento y conoce las angustias patrias de hombres como Avelino Aramayo, (cuyos folletos y libros están nutridos de ideas y observaciones útiles para el bien social); de Juan Ramón Muñoz Cabrera, de Antonio Vaca Díez, de Carlos Guerra, de Nataniel Aguirre, de Valentín Abecía, de otros más que se desvelaron por el progreso de la nación, y luchando a brazo partido contra la barbarie nacional, murieron, por fin, ahogándose en las cenagosas aguas de la política criolla o se congelaron de pesimismo en el páramo de la incultura boliviana?

En nuestros días la Argentina ha reeditado a todos sus clásicos. Los libros de "La Cultura Argentina", difundidos y abaratados, están en las manos de todos. Las obras de Sarmiento, de Alberdi, de Alvarez, nos son familiares. La Argentina hasta por este medio nos conquista; no basta que ejerza sobre nosotros una colonización económica: pretende también conquistarnos intelectualmente. Hace poco no más nos ha remitido algunos miles de libros argentinos, de obsequio para nuestras bibliotecas, instituciones culturales, escuelas y colegios. En nuestras bibliotecas públicas hay triplicadas colecciones de Obras Completas de Sarmiento, de Mitre, etc. Es imposible, en cambio, conseguir ni un libro de René-Moreno. Tan superior a Sarmiento en el estilo.

Mientras tanto los "valores" propios nuestros duermen el sueño del más injusto olvido en los más desconocidos rincones de las bibliotecas particulares, y sus libros corren el peligro de ser destruidos en manos de la polilla, los ratones, o las expendedoras de "ancucus". ¿Cuándo habrá reacción contra esta actitud bárbara?

Ahora que se va a recordar el centenario de un hombre que ha dejado una obra valiosa y que es un legítimo tesoro boliviano, ¿nos limitaremos a lo de siempre, a honrarlo con la lengua?

Ya sabemos lo que pasa con estos Centenarios. Profusión de *veladas literario-musicales*, discursos hueros, recitaciones cursis de señoritas idem, desfile de *yokallas* y se pondrá el nombre de Campos a una escuela o a un cuartel, — da lo mismo — o a una cantina. ¿Qué resultado se obtiene con esto? Un poco de bulla, de envanecimiento regional, cosas desastrosas.

La única manera de honrar la memoria de don Daniel Campos, escritor, poeta y señalado explorador del Gran Chaco, sería la de solicitar del Gobierno una cantidad suficiente para editar sus "Obras Completas" y hacer que ellas sean leídas, conocidas, valoradas. Lo demás, son tortas y pan pintado, como decía Sancho, el bueno.